

“Al verla, el Señor tuvo compasión de ella...” (Lucas 7, 11-17)

Sobre aquella pobre viuda de Naín había caído la peor de las maldiciones. Su único hijo había muerto dejándola sola, situación que era interpretada como un severo castigo del mismo Dios por algún pecado propio o de algún antepasado.

Pero el Dios de Jesús Nazaret no tenía nada que ver con el Dios que los amantes de la Ley mosaica habían ido construyendo e imponiendo. Jesús se salta todos los cánones y, frente al cuadro de una mujer quebrada por el dolor, social y religiosamente condenada, se detiene, la mira, se conmueve, toca el féretro, dice al muchacho: *“Joven a ti te digo, levántate”*, y se lo devuelve vivo a su madre.

A diferencia de otras intervenciones milagrosas, en esta ocasión no existe la mediación o la intercesión de ninguna persona. Jesús actúa desde su propia sensibilidad ante la situación que se presentaba ante sus ojos.

Podemos encontrar en este hecho varias vertientes que iluminan la vivencia del carisma Hospitalario. Ante todo la radicalidad del amor incondicional por toda persona necesitada.

Nuestros recursos asistenciales funcionan con una determinada organización. Contamos con pautas muy claras respecto a lo que podemos y debemos hacer y todo ello se orienta a una buena gestión. El evangelio parece invitarnos a ser capaces de ir más allá de la norma cuando está en juego el bien de las personas. Se trata de una actitud que puede resultar muchas veces incómoda pero no podemos renegar de nuestra identidad evangélica.

El tocar el féretro refuerza lo que venimos reflexionando ya que el hacerlo implicaba caer en una impureza legal.

El sentido del tacto humaniza el gesto, haciendo más comprometida la acogida del otro. No se trata sólo de ver, sino de implicarnos ante la realidad sufriente del otro.

La orden: *“Joven a ti te digo, levántate”* nos hace ver la implicación del otro en el proceso terapéutico-salvífico. No se trata de levantar al otro, sino invitarlo a que se levante, a que comprometa todas sus potencialidades, a ser actor de su propia sanación.

El hecho de *“devolver el hijo a la madre”*, a su vez, se convierte en una invitación por promover la integración social de nuestros usuarios. No se trata de retener al necesitado, sino de devolverlo a su vida, a su realidad, para que continúe siendo protagonista de su historia.

Como vemos, el texto presenta y refuerza elementos muy significativos del itinerario terapéutico Hospitalario: saber ver al necesitado, sensibilizarnos, detenernos, tocar, implicarnos, correr riesgos, contar con el otro, integrarlo...

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

